

028. Entre Dios y nosotros

El problema más grande que tiene planteado el hombre es el problema de la salvación. Como este problema no existe otro. ¿Y quién tiene la solución? ¿en qué manos está? ¿quién es capaz de resolverlo, Dios o nosotros?... Si depende de Dios, ¿por qué no todos se salvan? ¿Y si depende de nosotros?...

Cualquiera diría que estas preguntas son para meternos miedo, y, sin embargo, Dios nos da una respuesta tal clara, tan esperanzadora, tan certera, que todo se convierte en ilusión al saber que Dios nos da todo, lo pone todo en nuestras manos, y nos dice:

- *¿Desanimarse? ¡De ninguna manera! Yo estoy aquí, en la otra orilla del río, y he tendido un puente entre los dos. Te pido sólo que eches a andar. No se te ocurra pasar el río a nado, que es muy profundo y no vas a poder con una corriente tan fuerte. Tú solo no vas a poder nada. ¡Atraviesa el río por el puente!*

Si Dios nos hablara así, ¿quién tendría miedo? Sólo el tonto o el perezoso que dijera: ¡no quiero pasar el puente!... Si alguien no alcanzase la salvación, le echaríamos la culpa a él mismo, y no meteríamos para nada a Dios en el asunto... Porque Dios nos llama desde el Cielo, nos da los medios, y lo único que nos pide es que pongamos el esfuerzo de caminar un ratito...

Esto se me ha ocurrido al oír leer en la Misa un pasaje de la carta de San Pablo a los de Éfeso, donde habla de la Gracia de Dios. No se puede encontrar en la Biblia un pasaje más claro, más alentador y más estimulante sobre un problema que en otros tiempos atormentó a Lutero, abrió discusiones inacabables entre católicos y protestantes, y, sin embargo, da la solución completa a todos los que se sienten inquietos.

Vale la pena examinar ese párrafo tan magnífico de San Pablo.

¿Qué es, ante todo, la Gracia? Es un desbordamiento del amor de Dios sobre nosotros. Pablo nos indica la fuente:

- *Dios, rico en misericordia, que nos ha querido con un grande amor.*

Nos encontramos con un Dios que nos ama. ¡Qué poco miedo que nos va a dar!...

Efectivamente, lo primero que hace, al ver que estábamos perdidos para siempre al habernos vendido a Satanás, es compadecerse y arrancarnos de las garras de la bestia, como nos dice San Pablo:

- *Dios nos ha hecho revivir en Cristo a los que estábamos muertos por el pecado, salvándonos por pura gracia suya.*

Sí; el Dios que no perdonó a los ángeles rebeldes, a nosotros nos salva por su bondad. Manda su Hijo al mundo, ve a Jesucristo clavado en la cruz, lo oye gritar: *¡Padre, perdónalos!*, y Dios olvida nuestras culpas y las lanza lejos de Sí para no recordarlas ya más.

Esto es lo que ha hecho la Gracia de Dios: olvidar nuestras ofensas.

Pero Dios no hace sus obras a medias. San Pablo nos sigue diciendo:

- *En Cristo, Dios nos ha resucitado con su Hijo y a estas horas nos tiene ya sentados con Él en el Cielo.*

¡Si la salvación será cosa segura por parte de Dios!... ¡Si habrá tendido bien el puente que nos lleva a Él desde una orilla a la otra del río!...

Todo lo hace por gracia suya y por nuestra fe en Él. Aunque, ahora viene lo que nos toca a nosotros: pasar el puente, es decir, mostrarle con nuestras obras esta fe que tenemos en Él y en su gracia, pues dice Pablo:

- *Somos así salvados en Cristo para que realicemos las buenas obras que Él ha dispuesto que hagamos.*

Este párrafo del segundo capítulo de la carta de San Pablo a los de Éfeso es claro como la luz del sol: la salvación es gracia y regalo de Dios, nacida de su amor, realizada por Jesucristo, aceptada por nuestra fe, y demostrada con nuestras buenas obras.

De este modo, la salvación es toda para gloria de Dios y para merecimiento nuestro. Sin Dios, ¿qué podemos nosotros? Nada. Sin nosotros, ¿cómo se sentiría Dios? Burlado, despreciado, porque vendríamos a decirle que no nos interesan ni Él ni su gloria. Con la gracia de Dios y con nuestra colaboración, se realiza plenamente nuestra salvación. Todo es gloria de Dios y merecimiento nuestro.

Uno de los músicos más famosos de todos los tiempos, Bach, escribía siempre en la primera línea de sus partituras dos letras: J. J., iniciales de dos palabras latinas. Y al acabar la partitura, escribía otras tres: S. D. G. Y se le preguntó con curiosidad:

- *Pero, Maestro, ¿qué significan estas letras?*

Al fin, se supo todo y se desveló el misterio de aquellas letras enigmáticas. Al principio, decía:

- *¡Jesús, ayuda!*

Y al final:

- *¡La gloria sólo a Dios!*

Esto es la Gracia de la salvación. Todo arranca de la bondad de Dios. Sin la iniciativa, sin la ayuda de Dios, es inútil todo nuestro esfuerzo. Por eso, toda la gloria será para Dios, aunque el provecho haya sido para nosotros, que le rendimos a Dios el homenaje de la fe manifestado por nuestras obras.

Con la inspiración de la Gracia y con nuestro trabajo, la sinfonía de la salvación resulta perfecta, para mucha gloria de Dios y mérito nuestro.

Lo de siempre: ¡Qué bien hace Dios las cosas! ¡Cómo nos ama! ¡Cómo nos respeta!...